



Revista Latina de Comunicación Social

E-ISSN: 1138-5820

jpablos@ull.es

Laboratorio de Tecnologías de la Información  
y Nuevos Análisis de Comunicación Social  
España

Quesada, Montserrat

Violencia mediática y reacción social

Revista Latina de Comunicación Social, vol. 3, núm. 26, febrero, 2000

Laboratorio de Tecnologías de la Información y Nuevos Análisis de Comunicación Social  
Canarias, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81932603>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **Violencia mediática y reacción social**

Dra. Montserrat Quesada

Catedrática de Periodismo Especializado - Universidad Pompeu Fabra – Barcelona

En los años 90 se ha empezado a constatar que un porcentaje importante de los niños y adolescentes que han cometido acciones consumidores indiscriminados de la violencia de ficción que se vende a través del cine y de la televisión. Esta violencia mediática protagoniza acciones violentas en su propio ambiente social y, aún más, en su propio ambiente familiar. Cuando un niño ve de manera normal de resolver los conflictos es a partir de comportamientos violentos, es lógico que, después, cuando contraste con los medios -donde seguirán siendo comportamientos violentos- acabe concluyendo que ésa es la manera normal de conductirse. Una consecuencia, suficiente para establecer una relación causal, lineal, entre la violencia mediática y la violencia social?

La violencia mediática es hoy, probablemente, uno de los temas recurrentes en todos los foros de debate nacional e internacional. Los artículos periodísticos y científicos han inspirado en los últimos tiempos. Psicólogos, sociólogos, criminólogos, pedagogos y otros profesionales, así como algunos de los investigadores que, desde sus respectivos ámbitos científicos, tratan de analizar las causas que provocan el conflicto social en la sociedad. Sin embargo, las investigaciones que se han llevado a cabo hasta el momento no han logrado explicar en profundidad las causas del conflicto social, ni tampoco los factores psicológicos, sociales, económicos y biológicos que presumiblemente inciden en él y lo determinan.

La agresividad es en nuestra especie, como en cualquier otra familia animal, un rasgo de conducta que ha sido evolutivamente eficaz biológicamente de la misma (1). Ahora bien, afirmar que somos agresivos por naturaleza no conlleva también que seamos una mera agresividad en un grado extremo. Como dice José Sanmartín, la violencia es el resultado de la interacción entre una agresividad propia de los seres humanos y las circunstancias que rodean a la persona. La violencia es una nota específicamente humana que suele traducirse en acciones intencionales, o amenazas de acción, que tienden a causar daño. Desde este punto de vista, la violencia está ligada al proceso evolutivo que ha derivado en la aparición del ser humano sobre la faz evolutiva natural cuantos una evolución artificial que tiene al ser humano como sujeto agente y paciente a la vez.

La violencia, la agresividad, el miedo, la curiosidad, incluso la morbosidad forman parte de una condición humana que ni se transforma y se adapta a los nuevos tiempos. Vivimos en una sociedad violenta, cuyas manifestaciones adoptan múltiples formas violento porque soporta guerras, accidentes mortales, atentados terroristas y acciones criminales de todo tipo; pero también pudor entretenimientos en masa, macro-concursos, conciertos de música y un sinfín de espectáculos públicos que incluyen o no tienen una lógica justificación.

Y para dar cuenta de esa realidad social, la prensa, la radio y la televisión -aunque también el cine, la música, la literatura, los videojuegos- ofrecen diariamente a su público ingentes cantidades de escenas violentas.

Formamos parte, además, de una civilización en la que la violencia y la muerte han tenido un componente importante de especial relevancia. Se ejecutaba antiguamente en público para que sirviese de ejemplo, pero también porque era un gran espectáculo para el pueblo. Hoy en día, el garrote vil son las imágenes que difunde la industria del cine y de la televisión destinadas a representar, con mayor o menor intensidad, la violencia entre las personas. No en vano los actores más populares y mejor cotizados internacionalmente son hoy los que interpretan roles violentos: Arnold Schwarzenegger, Sylvester Stallone, Bruce Willis, Michael Douglas, Sharon Stone... la lista podría ser más larga.

La televisión, lo mismo que el cine, como medio audiovisual que basa su estrategia comunicativa en las claves del espectáculo, audiencia cada vez que incorpora a su programación elementos de perfil violento. No es, por lo tanto, descabellado imaginar que el poder de atracción sobre la audiencia, causante o coadyuvante -responsable al fin- del entorno social violento en el que vivimos.

La televisión puede ser definida de muchas maneras, pero también como una gran empresa cargada de interés público. Comenzando por mantener sus índices de audiencia altos. Los productores de televisión suelen preguntarse por lo que interesa a un mayor número de personas. La tercera parte parece que puede ser: a la gente le interesa lo que la conmueve, lo que la emociona y lo que la conmociona (3). Considerando que el asalto a la víscera es el camino más directo al beneficio económico. Y, por supuesto, dentro del abanico de emociones y conmociones, «el tema de violencia».

Pero afirmar que la televisión ofrece imágenes violentas única y exclusivamente porque con ellas logra subir su audiencia es afirmación desmedida. Sobretodo porque los estudios de audiencias de medios ya llevan tiempo señalando que, hoy por hoy, retransmisiones deportivas, seguidas de algunos programas de servicios y de algunas series rosas o telenovelas,

Desde la teoría del periodismo, y desde la práctica profesional de los medios, se acepta como axioma la función que tienen en la sociedad en la que se inscriben. Entendidos así, no deberíamos responsabilizar al mensajero -los medios- del contenido de los hechos violentos. Más bien deberíamos asumir que la violencia que se vehicula a través de los medios de comunicación no es más que una violencia real que se da cita en nuestras sociedades modernas. Sin embargo, sí hay un aspecto de esta cuestión cuya responsabilidad recae en los periodistas. Es el cómo se informa de esa realidad violenta, qué cantidad de espacio/tiempo se le dedica para ser ecuánime y, sobre todo, con qué grado de detalle se ofrece tal información al público.

Según un Informe reciente de la Asociación Norteamericana de Psicología, un niño, al acabar la escuela primaria, ha visto unos 100.000 actos violentos, a una media de tres horas diarias de televisión. Estas cifras justifican, en cierto modo, el que mucha gente preguntarse si no estaremos enseñando a los niños y adolescentes a adquirir esos mismos hábitos violentos en la vida real. Lo que los medios de comunicación no son nunca inocuos o neutrales. Todo buen profesional de la información adopta la precaución de observar a la hora de publicar, por ejemplo, noticias sobre suicidios, porque se ha demostrado que, según la forma que adopta el suicida frustrado a ejecutar con éxito tal acción. Por ejemplo, en 1990 en Italia se produjo el suicidio pasional de una pareja de enamorados que utilizaron para llevar a cabo el suicidio fue dirigir, mediante un tubo, los humos del tubo de escape del coche hacia su rostro, provocando así asfixia. Este hecho se difundió por varios medios de comunicación y en un corto plazo de tiempo, posterior a la difusión de la noticia, se replicó el mismo procedimiento. Es, por lo tanto, un gran riesgo hacer públicos determinados comportamientos porque pueden ser imitados por individuos.

Los periodistas deben ser conscientes de los procesos de imitación y de mimetismo que pueden llegar a provocar los medios de comunicación. Un ejemplo ya clásico es el caso de Lorena Bobbit o el aún más trágico del niño vestido de Superman que se lanzó al vacío desde una terraza. En estos hechos violentos protagonizados por menores que han explicado la razón de sus acciones diciendo que pretendieron hacer lo que vieron en el cine o en una película vista en la televisión. Como ejemplo valga el caso del adolescente canadiense que secuestró a un vecino, lo llevó a un lugar apartado y allí le mató, le apuñaló y, una vez muerto, le prendió fuego y, no teniendo bastante con ello, recogió los restos calcinados de aquella macabra hoguera y acto seguido se la bebió, tal como había visto hacer en "Muñeco diabólico III", en la creencia de que volaría como el protagonista de su película favorita.

Pero también es necesario que constatemos la realidad opuesta: en los últimos años se han conocido acciones cometidas por adolescentes que no tienen justificación mediática, tal vez porque en sus casos los medios no habían determinado la acción. Recordemos al adolescente que se suicidó y se acostó con la vida de su padre usando una bayoneta.

Nadie duda de que los niños asesinos de Liverpool veían vídeos de violencia y pertenecían a familias desestructuradas, pero los niños ven vídeos de violencia, pertenecen a familias desestructuradas y no son ni muy probablemente serán nunca asesinos. Los soldaditos de plomo y los de ahora aniquilan a miles de marianos informáticos, pero hay más objetores de conciencia hoy que cooperación y solidaridad con el tercer mundo ahora que en toda la historia de la humanidad. (5)

Desde el punto de vista de las ciencias humanas y sociales, resulta muy difícil poder establecer relaciones exactas de causa y efecto. No se ha sido posible demostrar que un determinado acto violento sea consecuencia directa de la exhibición de otro acto violento. Las relaciones son múltiples y complejas y, a su vez, esta pluricausalidad utiliza mediaciones múltiples, cuya lectura difiere según los sectores científicos que abordan el problema.

Las primeras investigaciones realizadas en los años 60 en Gran Bretaña y Estados Unidos vinieron a establecer que, aparentemente, existía una relación directa de causa-efecto entre la cantidad de violencia visionada y los índices de delincuencia juvenil. (6) A partir de este resultado demonizado, aunque no por ello redujo o suavizó la cantidad y la calidad de la violencia que integraba su programación.

Más tarde, en los 70, otras investigaciones añadieron al análisis variables de tipo sociológico que nunca antes habían sido estudiadas: la situación familiar, la residencia, incluso el coeficiente de inteligencia de los sujetos estudiados. Y la pretendida relación de causa-efecto entre violencia y agresión perdió credibilidad.

A principios de los 80, investigadores tan sobresalientes como el pedagogo Schramm lograron establecer que, efectivamente, la violencia en la televisión real, aunque no pudieran medir el grado de influencia en cada individuo ni tampoco determinar la manera como esa influencia se manifestaba, también estableció que esa influencia no afecta por igual a todos los niños y adolescentes, sino que para que un menor pasara de la televisión a la violencia continuada a una programación violenta, era necesario que se diera en él otra serie de factores psico-sociales muy importantes. De hecho, destaca el ambiente familiar y el entorno social. (7)

En el presente, se ha empezado a observar que un porcentaje importante de los niños y adolescentes que han cometido acciones violentas presentan trastornos en su personalidad. Este dato se suma al hecho de que habitualmente los menores violentos pertenecen a las familias más problemáticas de la sociedad. De alguna manera, la violencia de ficción que ven en la televisión y en el cine y, más allá de estos medios de comunicación, en las letras de las canciones o en Internet, la comparten o la consumen al tiempo que soportan y/o protagonizan comportamientos violentos.

Cuando un niño o un adolescente crece viendo que a su alrededor la manera normal de resolver los conflictos es gritando, insultando y golpeando, es lógico que después, cuando compare esa información con la que recibe de los medios, acabe creyendo que ésa es la mejor manera de vivir la vida y, por lo tanto, actúe en consecuencia. Pero repárese en que estamos hablando de niños y adolescentes que padecen problemas de salud mental, emocional, personal, familiar y social. Son esos niños que, tarde o temprano, acaban ingresando en los circuitos de la delincuencia y algunas veces cometiendo acciones terribles que les van a marcar de por vida.

Una característica común a esos menores violentos -a algunos de los cuales he tenido ocasión de entrevistar- es que todos son niños solitarios y espeluznantes. Muchos carecen del referente afectivo fundamental que es la madre y, en general, se sienten abandonados y solos. Precisamente este sentimiento de abandono el que utilizan para justificar sus brutales acciones como un medio de legítima defensa. Además, junto a estos problemas afectivos de difícil solución, los menores violentos suelen presentar graves dificultades de aprendizaje, aunque pocos han aprendido a escribir, lo que presupone un fracaso escolar total. Suelen tener graves dificultades para convivir con los demás y, en general, fabulan ideas en las que no se distingue claramente la fantasía de la realidad. (8)

Lo dicho anteriormente no niega en absoluto la posible influencia de los medios de comunicación en los comportamientos violentos de los menores, pero tampoco explica por qué se produce.

### Notas

- 1 - Véase LORENZ, K. Sobre la agresión. El pretendido mal. México, Siglo XXI, 1971.
- 2 - Véase SANMARTÍN, José (ed.). Violencia, televisión y cine. Barcelona, Ariel, 1998, p. 17.
- 3 - Véase RIVIÉRE, Margarita. La fascinación de la violencia en los medios de comunicación en Prevenció. Quaderns d'estudis i documentació, 5-12.
- 4 - Véase GOMIS, Llorenç. Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente. Barcelona, Paidós, 1991.
- 5 - ROGLÁN, Joaquim. La libertad de información previene la violencia en Prevenció. Quaderns d'estudis i documentació, 1.
- 6 - Véase HUESMANN, L.R. Television violence and aggression: The causal effect remains en Developmental Psychology, 2.
- 7 - SCHRAMM, W., LYLE, J. y PARKER, E. Televisión para los niños. Barcelona: Hispano-Europea, 1985.
- 8 - QUESADA, Montserrat. Última parada. Reportaje ganador del Preñi Actual'95 concedido por la Corporación Catalana de educación de reclusión de menores.

Artículo publicado en Ámbitos 2 (Sevilla, enero – junio, 1999), páginas 39 – 48.

La dirección telemática es:

<http://www.ull.es/publicaciones/latina/aa2000vfe/quesada.html>